

MIKE LIGHTWOOD

LA NOCHE

DE LOS

REGALOS



LA NOCHE  
DE LOS  
REGALOS  
MIKE LIGHTWOOD

© *La noche de los regalos*, Mike Lightwood, 2019

© de la portada, Mike Lightwood, 2019

Todos los derechos reservados

## SERIE FUEGO Y HIELO

1. [\*El fuego en el que ardo\*](#) (Plataforma Neo, 2016)
2. [\*El hielo de mis venas\*](#) (Plataforma Neo, 2017)
- 2.5. [\*La estrella de mis noches\*](#) (Plataforma Neo, 2018)
- 2.7 *La noche de los regalos* (MaikoBooks, 2019)
3. *Fuego y Hielo 3* (sin título, próximamente)

## OTRAS PUBLICACIONES

[\*Biónico\*](#) (Dolmen, 2017)

[\*El fantasma de los huevos\*](#) (MaikoBooks, 2018)

[www.mikelightwood.com](http://www.mikelightwood.com)

Para todos los lectores que  
continuamente me preguntan  
cómo les va a Óscar y a Sergio.  
Esta es la respuesta.

# CAPÍTULO ESPECIAL

Historia posterior a  
*El fuego en el que ardo,*  
*El hielo de mis venas y*  
*La estrella de mis noches*

El mundo es para mí  
Que tú me quieras así  
Que tú me mires así  
Como nadie más

*Lo haremos bien* - Miriam Rodríguez

—¿Y a ti qué te ha parecido? —le pregunto a Sergio cuando salimos de la sala del cine. Ha estado totalmente callado desde que terminaron los créditos.

Permanece en silencio durante unos segundos más antes de contestar. Por un momento, su rostro está inexpresivo, como si estuviera tratando de asimilar demasiada información de golpe. Pero, entonces, abre mucho los ojos y su boca se curva en una enorme sonrisa, la misma que conozco tan bien.

—¡Ha sido una puta pasada! —exclama al fin, para sorpresa de nadie—.

¡La mejor película que he visto en toda mi vida!

—Ya empezamos —dice Pablo, poniendo los ojos en blanco.

—La misma cantinela de siempre —se queja Sara.

Pero Sergio no da muestras de haberlos escuchado siquiera.

—De verdad, ¡es que ha sido increíble! —continúa con entusiasmo, ganándose miradas divertidas de la gente que hay a nuestro alrededor—. ¿Habéis visto cuando consigue el tridente y aparece detrás de la cascada? ¿Y cuando Black Manta utiliza los rayos láser? ¡Y EL PUTO PULPO TOCANDO EL TAMBOR! O sea, *living*.

—¿Siempre se pone así de entusiasmado? —pregunta Darío, con una risita nerviosa. Él no está tan acostumbrado a venir al cine con nosotros como para saber cómo se pone.

—Y a veces es todavía peor —le respondo—. Siempre que vemos alguna de superhéroes, se pone histérico. Ni te imaginas cómo se puso cuando fuimos a ver *Justice League* e *Infinity War*.

—Déjame adivinar: lloró con Spider-Man.

—Lloró con Spider-Man —confirmo—. Como un bebé.

—¡¿Y la escena del vino?! —grita Sergio, ajeno al resto de la conversación.—. ¿Hola? ¿Visteis cuando Mera utilizó sus poderes hidroquinéticos para convertir el vino en armas? Me cago en todo, ¡qué puta pasada de película!

—Oye, que estábamos todas allí, chiqui —le recuerda Sara entre risitas, poniéndole una mano sobre el hombro mientras salimos del cine.—. Claro que lo vimos. Aunque ni confirmo ni desmiento que Mera me haya puesto un poco cachonda.

—¿Normal? —dice Guille—. Creo que la bisexualidad se ha acabado para mí. Ahora soy hetero para siempre. Lo siento, Pablo.

—¡Oye! —se queja él, dándole un golpe en el hombro. Un segundo

después, se ríe—. Bueno, en realidad yo también me he hecho un poco hetero por ella.

—¡Y Nicole Kidman! —continúa Sergio, entusiasmado—. ¿Visteis cómo repartía hostias al principio? Madre mía, ¡qué pedazo de película! ¿Cuándo volvemos?

Por supuesto, ya sabía que esa pregunta no tardaría en llegar: siempre que vemos alguna película nueva de superhéroes en el cine, no tarda más de diez minutos en preguntar cuándo podemos volver a verla. Si me dieran un euro por cada vez que hemos repetido película... bueno, en realidad no tendría nada porque me lo habría gastado todo en el cine.

—¡Y cuando se escapan en la nave de Mera! ¡Y el traje que llevaba antes en plan medusa! Madre mía, ¡es que me casaba con ella cinco veces!

La conversación continúa de ese modo mientras seguimos caminando, con él gritando mucho, muy entusiasmados, y nosotros riendo mucho.

—Oye, chicos, nosotros nos bajamos aquí —dice Fer cuando llegamos a la estación.

—¿No os quedáis un ratito? —le pregunto esperanzado, mirando también a Darío—. Aunque sea media horita para tomar algo...

Darío niega con la cabeza.

—No puedo. El próximo tren sale en quince minutos, y para el siguiente falta más de una hora. Siendo la noche de Reyes, prefiero llegar pronto a casa para estar con mi abuela. Es tradición.

—Sí, yo también tengo que estar en casa pronto —añade Fer.

—Bueno, vale.

Es una de las cosas que han cambiado desde que vivo en la ciudad: ya no puedo pasar tanto tiempo con él, ni tampoco con Darío. Y, aunque me duele tener que separarme de ellos y vernos mucho menos que antes, lo cierto es que no se me ocurriría cambiar jamás mi vida de ahora por la que tenía



antes.

—Oye, Sergio, ¿puedes venir un momento? —le pregunta Fer, que está un poco alejado de nosotros. Sergio se acerca a mi amigo mientras yo los miro, extrañado. ¿De qué tendrán que hablar esos dos ahora? Seguro que están tramando algo, y no creo que sea nada bueno.

—Eh... Óscar, quería contarte una cosa —dice rápidamente Darío, que probablemente esté en el ajo—. ¿Te importa si...?

Deja la frase inconclusa, y tira de mi mano hasta alejarme unos metros de donde se encuentran los demás.

—¿Qué te pasa? —pregunto con el ceño fruncido—.

—Es queeee... —comienza, alargando mucho la «e». Enrojece ligeramente antes de continuar—. Es que me gusta un chico.

—Ah. Vale. —Sonrío al darme cuenta de lo nervioso que parece al respecto y de lo mono que lo hace estar ese hecho. Sí, sin duda esto explica la que acaban de montar: Darío quería estar a solas conmigo para contármelo—. Sabes que podrías habérmelo dicho antes en cualquier momento sin tener que compincharte con Fer, ¿verdad? Nadie se habría extrañado de que nos fuéramos a hablar solos.

Él traga saliva, mirando con nerviosismo por encima de mi hombro. Probablemente esté tratando de comprobar si alguno de nuestros amigos está pendiente de la conversación. De verdad que está adorable cuando se pone así. Es tan distinto al Darío cerrado y huraño de hace un par de años que no puedo evitar sonreír otra vez.

—Sí, bueno...

Pero no dice nada más.

—¿Y bien? ¿Quién es?

—Pueeeees... un chico nuevo del insti —dice, todavía mirando a los demás. Hay una chispa de emoción en sus ojos oscuros—. Llegó a principio

de curso, y es superguapo, y... Oye, que da igual.

—¿Cómo que da igual.

—Sí, que da igual. Mejor te lo cuento otro día, ¿vale? Que no quiero perder el tren.

Y, sin decir más palabra, se aleja de mí y se dirige hacia Fer, que ya ha terminado su supuesta charla con Sergio.

—Pues... vale —le digo al aire, y echo a caminar hacia ellos.

Se despiden de nosotros con la habitual ronda de abrazos y, como siempre, me dejan a mí para el final. El primero en abrazarme es Fer, con uno de esos abrazos suyos que huelen a hogar, a paz. El único abrazo que me reconfortaba cuando nada más lo hacía, y todavía hoy me sigue evocando las mismas sensaciones de seguridad que entonces. Cuando se separa, es Darío quien se acerca a mí, aunque su abrazo es diferente. Todavía hay una especie de nerviosismo por parte de los dos, como si aún no hubiéramos averiguado cómo comportarnos juntos. Después de todo lo que pasó y de lo que ha habido entre nosotros, tanto bueno como malo, el proceso ha sido difícil. Pero lo llevamos bien.

—En fin, pasadlo bien, chicos —dice Fer—. ¡Y que tengáis muchos Reyes!

—¡Igualmente! —contestamos mientras se alejan.

Por suerte, el momento de la despedida ha bastado para que Sergio se olvide un poco de la película. Y, con un poco más de suerte, tal vez todavía pase media horita o así hasta que vuelva a sacar el tema.

Espero.

—¿Adónde vamos? —pregunta Pablo—. Yo tampoco quiero llegar muy tarde a casa.

—Nos tomamos algo donde siempre y nos vamos —propongo—. ¿Vale?

Todos aceptan, así que nos abrimos camino hasta nuestro bar favorito, a solo un par de manzanas de la estación. Es pleno invierno y se trata de una noche fría, así que estoy tiritando dentro de mi abrigo y deseando llegar lo antes posible. Pero no es tarea fácil: en estas fechas, el centro de la ciudad está lleno de gente, así que avanzar cuesta mucho más de lo que habíamos supuesto. Sin embargo, no me quejo. La ciudad ya me gusta siempre, sobre todo comparándola con el lugar donde vivía antes. Pero, con las luces de Navidad encendidas por todas partes, es todavía más bonita. Se respira magia.

Y también un poco contaminación, para qué engañarnos.

Una vez dentro del bar, nos limitamos un refresco, sin nada de alcohol. Después de todo, tan solo vamos a pasar un ratito aquí. Ya habrá momento de salir de fiesta en otra ocasión.

—¿Creéis que Mera podría controlar también los refrescos? —pregunta Guille, distraído, en cuanto nos sirven nuestras bebidas.

—¡Obviamente! —salta Sergio, con entusiasmo renovado—. Si puede controlar el vino, por supuesto que puede controlar también el refresco.

—Joder, Guille —le reprende Pablo, apartándose de la frente unos rizos pelirrojos—. Ahora que se había callado por fin...

—Has abierto la caja de los truenos —añade Sara, negando con la cabeza.

—Cuidado con lo que dices de truenos —le digo en voz baja para que solo ella pueda oírme—. A ver si le va a dar por hablar también de Thor.

—Oye, Sara —le dice Sergio—. Tengo curiosidad. Desde una perspectiva feminista, ¿qué te ha parecido la película?

Ella suelta un suspiro.

—Bueno, teniendo en cuenta que en el cine en general y en las películas de superhéroes en particular básicamente la cuestión feminista se resume en

«todo mal», en este caso en concreto podríamos decir que...

Es evidente que ya es tarde: la caja de los truenos, o la caja de Pandora, o lo que sea, ya está abierta, así que el resto de la conversación gira inevitablemente en torno a la película que acabamos de ver: *Aquaman*, la última de superhéroes que han estrenado. Y, según Sergio, la mejor película del universo, o del multiverso, o lo que coño sea. Claro que también dijo lo mismo cuando vimos la animada de Spider-Man hace un par de semanas, y también cuando vimos *Infinity War* hace unos meses, y básicamente cada vez que vamos a ver alguna de superhéroes. Para él, todas las películas de superhéroes son la mejor película del mundo. Punto. Menos *Thor: Ragnarok*. Esa es basura y, según él, «se carga completamente la esencia de los cómics y convierte la mayor tragedia de Asgard en un festival de colores y chistes absurdos».

No sé, a mí Hela me moló.

Pero, a decir verdad, tampoco puedo quejarme de que a veces se pongan un poco pesaditos con según qué temas. ¿Qué sería de mi vida sin estas charlas infinitas que tanto adoro sobre superhéroes, feminismo, representación de la diversidad en el cine y, según me parece oír, sobre la crítica que hace la película a la explotación del medio ambiente por parte de los humanos? Después de todo, no lo cambiaría por nada del mundo.

Al final, Sergio se acaba saliendo con la suya: tanto Pablo como yo accedemos a acompañarlo otra vez en un par de semanas, pero solo si es el día del espectador. Y, a cambio, después nos tiene que dar nuestro premio.

Sí, esa clase de premio.

—Yo paso, Sergio —dice Guille—. La película me ha gustado, pero no follas tan bien como para gastarme la pasta en volver a verla. Lo siento, chicos.

No sé si Sergio parece más indignado porque le haya dicho que no folla

tan bien o porque no quiera volver a ver su nueva película favorita.

—¡Pero si *Ragnarok* la viste dos veces!

—*Ragnarok* mola.

—No mola.

—Sí que mola.

—Yo flipo contigo, tío.

Guille se encoge de hombros.

—Cuando te compres el Blu-Ray, quedamos todos y la vemos, prometido.

Una vez volvemos todos a la estación media hora más tarde, cada uno nos separamos para ir en las distintas líneas de metro. Sergio, sin embargo, monta conmigo. Mi madre me dijo muy misteriosa que debería invitarlo a pasar la noche de Reyes con nosotros, así que me da la impresión de que tienen algo especial planeado para mí. Además, también va a estar mi hermana, y el conjunto de todo me hace muy feliz. Va a ser una noche de Reyes especial, como cuando era pequeño y no tenía grandes preocupaciones en la vida. Solo que sin cierta persona que sobraba entonces y con cierta persona que aporta mucho más ahora.

Me hace ilusión, la verdad.

Tras salir del metro echamos a andar, con las luces de Navidad sobre nuestras cabezas tiñéndolo todo de color y magia. Cuando quiero darme cuenta, estamos caminando por la calle del centro deportivo, que no queda muy lejos de mi antigua casa. Y, ahí, enfrente, está la cafetería donde fuimos el día que nos conocimos. La cafetería donde estuve trabajando un tiempo para poder ayudar en casa.

Nuestra cafetería.

—¿Te apetece tomar algo? —sugiero—. ¿Un chocolate o algo así?

Él me mira con una sonrisa.

—¿Por qué no?

No hay mucha gente; por suerte es un lugar alejado y en una noche como hoy se ve que no tienen mucho trabajo. Nos dirigimos hacia nuestra mesa de siempre. Una vez allí, pongo la mano sobre la mesa, y él me la rodea con la suya de forma automática. Sonrío al recordar las primeras veces que quedamos, lo mucho que nos llegó hasta ese punto. Ahora, todo es tan fácil entre nosotros que es algo que hacemos casi sin pensarlo.

Sin embargo, Sergio parece pensativo por alguna razón.

—Oye, Óscar —dice al fin cuando el camarero nos trae los chocolates que le hemos pedido—. ¿Tú crees que follo mal?

Suelto una carcajada. Pero él parece serio, así que me esfuerzo por mostrar un rostro inexpresivo.

—Follas muy bien, mi amor —contesto, tratando de contener la risa—. Eres... Eres como la Viuda Negra, pero sin matarme.

Frunce el ceño.

—¿La Viuda Negra?

—Sí, ya sabes. Como las viudas negras, las arañas esas que se tiran a los arañes y luego se los cargan. No sé, es lo primero sexual que se me ha ocurrido relacionado con los superhéroes.

—Ah. —Su ceño fruncido se incrementa—. Pues no es muy buena comparación precisamente.

—Que no, jo. Que follas genial, te lo prometo. Eres... el Superman del sexo. El Batman de la noche. El Spider-Man de las acrobacias. El Black Panther de la cama, siempre dispuesto a saltar sobre mí. El Aquaman de las co...

—Bueno, ya —murmura, con las mejillas enrojecidas pero con el ego claramente restablecido—. Creo que con eso me queda claro.

—Me alegro.

—Pero lo dices en serio, ¿verdad? O sea, no lo dices para que me quede tranquilo y ya está, ¿vale?

Suelto una carcajada.

—Mira, te propongo una cosa —le digo—. Tú. Yo. Dentro de un rato. En mi casa. Me demuestras de lo que eres capaz. ¿Te parece?

—Me parece.

\*

Cuando llegamos a casa, mi madre y mi hermana ya se han acostado. Mucho mejor, porque después de la conversación en la cafetería estamos a punto de explotar de las ganas que tenemos. Y, aunque Sergio suele quedarse a dormir en casa a menudo y ya tenemos bastante perfeccionado el arte del sexo sin ruido, siempre es mucho mejor cuando ya están durmiendo, porque las dos tienen el sueño muy pesado y no hay ningún peligro.

—Voy a ir al baño primero, ¿vale? —le digo.

—Vale.

Una vez allí, me apresuro a lavarme un poco antes de salir, y después me dirijo hacia mi habitación. Sergio está sentado en la cama, y se ha quedado solo con los bóxers y una camiseta ajustada. Los contornos de su cuerpo se marcan contra la tela, y siento una ráfaga de deseo que me quema por dentro.

En cuanto cierro la puerta, Sergio se levanta de la cama, echa el pestillo y me agarra por el brazo antes de que pueda acercarme siquiera a la cama. A continuación, me sujeta contra la pared, presionando su cuerpo contra el mío. Me besa en los labios con suavidad, y después sus labios recorren mi cara y avanzan con lentitud hacia mi cuello, mi punto débil. Una vez ahí, comienza a dirigirse poco a poco hacia mi oreja, poniéndome la carne de gallina con el

roce de sus labios y la sensación de su aliento cálido contra mi piel.

—¿Preparado para la demostración? —me pregunta al oído, provocándome un cosquilleo que me recorre todo el cuerpo.

—Adelante, tigre.

Se separa de mí unos instantes y me mira con una sonrisa traviesa.

—¿Acabas de hacer una referencia a Spider-Man?

Asiento con la cabeza.

—Acabo de hacer una referencia a Spider-Man.

—Ese es mi chico.

Y, entonces, vuelve a besarme, pero esta vez con fiereza, explorando mi boca con la lengua y dándome unos suaves mordisquitos en los labios que me vuelven completamente loco. Muevo las caderas contra su cuerpo, y él me responde con el mismo movimiento, de forma entusiasta.

—¿Qué es esto? —pregunta con picardía, llevando la mano hasta el bulto que ha comenzado a crecer en mis pantalones.

—El Mjolnir —respondo, siguiendo con el juegucito mientras él me acaricia el pelo—. ¿Serás digno de él?

Sergio suelta una carcajada.

—Buena pregunta. ¿Tú qué crees?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Compruébalo tú mismo.

—Desafío aceptado.

Trastea con mi cinturón durante unos segundos y logra quitármelo expertamente con una sola mano, mientras la otra sigue acariciándome el pelo. A continuación, mete la mano por dentro de mis calzoncillos y comienza a toquetear por ahí, arrancándome suspiros de placer. Cierro los ojos para disfrutar de la sensación. Unos segundos después, noto su aliento cálido cerca de mi piel, y después la sensación de su boca, cálida y húmeda, y de su lengua recorriéndome, primero con suavidad y después de forma más



intensa, convirtiendo mis suspiros en gemidos que trato de reprimir como puedo. Abro los ojos y veo que se ha arrodillado frente a mí, así que le pongo ambas manos sobre la cabeza mientras él se esfuerza por darme placer. Normalmente lo prefiero cuando la situación es a la inversa, pero no está mal cambiar de vez en cuando.

—Como no pares, voy a acabar ya —murmuro, con la respiración entrecortada tras unos minutos de placer. Él, en lugar de hacerme caso, succiona más fuerte, arrancándome un gemido bastante sonoro—. Sergio, ¡para! No quiero acabar todavía.

—¿Por qué?

—Porque quiero que tú también disfrutes.

—Estoy disfrutando —replica él.

—Ya sabes a lo que me refiero. Y, aparte, quiero más.

—Ah, ¿sí? —pregunta con una sonrisa picarona, poniéndose en pie.

—Pues sí. Así que ven conmigo.

Lo llevo hasta la cama, me siento en ella y, esta vez, soy yo quien se dedica a darle placer, hasta que al final acaba siendo él quien me pide que pare. Lo provoco durante unos segundos más, pero después obedezco: tampoco quiero que él termine todavía.

Se sube a la cama conmigo y comienza a besarme el cuello, moviendo las caderas contra las mías, frotando su erección contra la mía y desesperándome cuando la suya baja un poco más. Me pongo de lado, y entonces él pega su cuerpo contra el mío, restregándose contra mis nalgas mientras me acaricia el pecho y el vientre con las manos y me mordisquea el cuello y las orejas, haciendo que mi desesperación crezca hasta niveles casi insoportables.

—Sergio... por favor...

En otra situación tal vez me habría hecho esperar más, pero está claro

que está tan desesperado como yo. Lleva los dedos húmedos hasta mis nalgas y, con cuidado, comienza a dilatarme con ellos. Por suerte ya estoy muy acostumbrado a él, así que apenas me duele cuando entra por fin dentro de mí, arrancándome un gemido más. Después, se queda quieto mientras mueve solo su boca sobre mi cuello, sabiendo que necesito un momento para adaptarme a él antes de continuar.

—Cuando tú me digas —le susurro al oído.

—Cuando quieras —respondo unos segundos después.

Y, entonces, comienza a mover las caderas con suavidad, primero muy despacio, y después incrementando poco a poco la velocidad, arrancándome gemidos que cada vez me cuesta más ahogar. Menos mal que existen las almohadas, porque de lo contrario sería imposible ser silencioso. La sensación de tenerlo dentro de mí sigue siendo indescriptible por mucho tiempo que pase y por muchas veces que lo hagamos.

Si acaso, cada vez es mejor.

—¿Te gusta? —me susurra al oído, jadeante.

—Jo... der... me... en... canta —respondo, con la voz entrecortada ante cada embestida de su cuerpo contra el mío.

—Pues solo acabamos de empezar —me asegura, haciéndome girar la cabeza para darme un beso en la frente. Sus ojos azules se clavan intensamente en los míos, haciéndome sentir ese fuego que arde con fuerza en mi interior y que él siempre sabe avivar tan bien—. Ponte boca abajo.

Me apresuro a obedecerlo, y cambiamos de postura sin permitir que salga de mi interior. No quiero que salga nunca. Una vez boca abajo, me coloco la almohada bajo la boca, consciente de que la voy a necesitar. Sergio me sujeta ambos brazos, inmovilizándome por completo, y continúa moviendo las caderas con fuerza, al tiempo que su boca sigue recorriendo mi cuello y dándome suaves mordisquitos que me vuelven todavía más loco y

me ponen la piel totalmente de gallina. Yo muerdo la almohada con fuerza, dando rienda suelta a los gemidos de placer que hacen que se me estremezca todo el cuerpo.

—Déjame... tocarme —susurro al cabo de un buen rato, cuando hace una pausa para recobrar un poco el aliento—. Por... favor.

Entonces se quita de encima de mí, y yo levanto el cuerpo para quedarme a cuatro patas. Sergio se coloca detrás de mi cuerpo, rozándome las nalgas y haciéndome moverlas hacia él, con ansia.

—¿Ya? —me pregunta.

—Sí.

Y entonces, entra en mi interior de golpe, arrancándome un grito de placer. Se nota que las horas que le dedica al judo dan para mucho, porque es increíble que sea capaz de moverse de esa manera sin cansarse siquiera y que aún tenga fuerzas para continuar. Si yo ya estoy agotado, no quiero ni imaginar cómo debería estar él.

—Joder —susurro unos minutos después—. No puedo más.

—¿Te duele? —pregunta con preocupación, deteniéndose de golpe.

—No pares, joder. Pero quiero acabar ya.

—¿Cómo quieres hacerlo?

—Me da igual. Com tú quieras.

Entonces se aparta de mí, haciéndome soltar un gruñido de frustración, y se tumba boca arriba en la cama.

—Ponte encima. Ahora controlas tú.

—Vale.

Me apresuro a subirme sobre él, y suelto un gemido de satisfacción al volver a notarlo en mi interior con facilidad. Nada que ver con mis primeras veces con él o con Darío. De verdad, esto de estar tan acostumbrado al sexo con él que ni siquiera me cueste es una maravilla, porque es todo placer y

nada de dolor. Me muevo de arriba abajo sobre él, incapaz de quedarme inmóvil.

—¿Estás preparado para el combate final? —me pregunta entonces.

—Wakanda por siempre —respondo con una sonrisa.

Sergio suelta una carcajada.

—Wakanda por siempre.

Y, entonces, comienza a mover las caderas con fuerza, casi con furia, provocándome sensaciones tan intensas que casi no creo ser capaz de soportarlas mucho más tiempo.

—Voy... a... terminar...

Y, como sabe a la perfección qué es lo que me gusta, en ese momento Sergio se mueve con más velocidad que nunca, haciéndome disfrutar al máximo de la sensación hasta que, finalmente, acabo explotando sobre él.

—Sergio... te... amo —digo mientras unas intensas oleadas de placer recorren mi cuerpo de forma casi violenta.

Y, sin decir más, me desplomo sobre su cuerpo, aunque todavía sintiéndolo en mi interior.

—Yo sí... que te amo —dice con voz ahogada—. Bésame.

Sé que así es como le gusta acabar a él, así que llevo los labios a los suyos y lo beso con intensidad, recorriendo su boca con mi lengua y dándole esos mordisquitos que sé que le encantan. Él no deja de moverse con fuerza hasta que, finalmente, sus gemidos ahogados y unas últimas embestidas finales contra mi cuerpo me indican que ha terminado.

Permanecemos inmóviles durante unos segundos, y entonces me bajo de encima y me tumbo junto a él, de lado. De forma casi automática, él se coloca detrás de mi cuerpo y me abraza con fuerza. Nos quedamos en silencio durante unos minutos, cansados y sudorosos, mientras nuestros corazones y nuestra respiración se calman poco a poco.

—Bueno, ¿qué? —pregunta al cabo de un rato—. ¿He entrado ya en los Vengadores?

Suelto una carcajada y me giro un poco para mirarlo.

—Sí. Has entrado en los Vengadores, en la Liga de la Justicia, en los X-Men y en todo lo que tú quieras.

Me dirige una amplia sonrisa.

—Eso es lo que quería oír.

Y, sin decir más, nos quedamos así como estamos, abrazados y desnudos, hasta que finalmente nos quedamos los dos dormidos.

\*

Me despierto con el ruido de la puerta cerrándose, y entorno los ojos para ver a Sergio entrando en la habitación.

—¿Que haces? —pregunto con voz pastosa a causa del sueño.

—Perdona. Es que tenía que ir al baño.

—¿Me pasas el pijama? Hace un poco de frío.

Él ya se ha puesto el suyo, y coge el mío de encima de la silla y me lo lanza.

—¿Crees que habrán venido ya los Reyes Magos? —pregunto cuando termino de ponérmelo.

Él suelta una carcajada mientras se sienta a mi lado.

—No lo sé. ¿Vamos a mirar? —sugiere con un susurro conspiratorio.

—¿Y si están poniendo los regalos y nos pillan?

—Eso no va a pasar, tranquilo.

—Es que imagínate que pasa —insisto—. Si nos pillan y piensan que estamos intentando descubrirlos, se llevarán todos los regalos y no nos dejarán nada más que carbón.

—Idiota.

—Tú más —replico, dándole con la almohada en la cabeza.

Él coge un cojín y me devuelve el golpe. Yo trato de defenderme, pero él es demasiado fuerte para mí, así que tras un par de minutos de silencioso forcejeo, acabo tumbado boca arriba en la cama, con los brazos arriba y bien sujetos por los suyos. Trato de liberarme, aunque sé que es en vano. Lo único que puedo mover son las piernas, así que trato de darle una patada, pero él se da cuenta enseguida y baja las suyas, inmovilizándome por completo.

Está claro que no es buena idea tratar de enfrentarte a alguien que te saca varios cinturones de judo y como veinte kilos de peso.

—¿Te rindes? —me susurra al oído, provocándome un cosquilleo que me recorre todo el cuerpo.

—Jamás.

—Tú lo has querido.

Con la boca todavía contra mi oído, comienza a mover las caderas con suavidad, primero muy despacio, de forma casi imperceptible, y después aumentando poco a poco la velocidad hasta acabar restregándose conmigo de una forma bastante clara. Enseguida noto cómo crece el bulto en sus pantalones, propiciando la misma reacción por mi parte. Y el hecho de tener su boca pegada a mi oreja y de sentir su cálido aliento y su respiración en mi oído no ayuda en absoluto. Y más aún cuando acuden a mi mente los recuerdos de lo que hemos hecho hace solo unas horas, en esta misma cama.

¿Qué puedo decir? Solo tengo dieciocho años, así que estoy en plena efervescencia hormonal. Estas cosas pasan.

—¿Otra vez? —pregunto con picardía, acompañando el movimiento de sus caderas con las mías propias.

—Mejor no —responde, y me guiña un ojo mientras se separa de mí—. A ver si nos van a pillar los Reyes Magos y no nos van a regalar nada por

portarnos mal.

Y, sin más, se pone en pie y me tira el cojín, al tiempo que se recoloca el pantalón del pijama para disimular (muy mal) su erección.

—¡Sergio!

—¿Qué pasa?

—Que eres malo —respondo, tirándole yo ahora el cojín. Trato de golpearle en la cara con todas mis fuerzas, pero él lo atrapa en el aire como si nada—. No está bien calentar lo que no te vas a comer.

Me mira en silencio durante unos instantes, con expresión incrédula.

—¿Y tú qué eres ahora, hetero? —Tira el cojín a la cama—. ¿Vamos a ver si han venido los Reyes o no?

—Venga, va.

Me levanto de la cama, enrojeciendo ligeramente al percatarme de lo mucho que se nota el bulto en mis pantalones. Menos mal que no vamos a abrir los regalos en familia, porque si fuera así no sabría dónde meterme. Salimos con sigilo de la habitación. O, al menos, eso es lo que intentamos, porque nada más salir me doy un golpe contra un mueble del pasillo que resuena por toda la casa. Está claro que en esta casa no tengo tan dominado el arte de salir de mi habitación a oscuras como en la casa del pueblo. Aunque no es que me queje.

—Mierda... —susurro en voz baja—. ¿Nos volvemos?

—Ni hablar —replica Sergio.

Seguimos caminando y, justo cuando pasamos frente a la habitación de mi madre, la puerta se abre de golpe.

—¡Joder!

Me coloco detrás de Sergio de forma automática, en parte para tratar de esconderme y en parte para tratar de ocultar la erección que sigue siendo bastante evidente en mis pantalones.

—Óscar, esa boca —me reprende mi madre—. Y, de verdad... que ya no tienes once años, hijo.

—No sé de qué me estás hablando...

Ella levanta una ceja con suspicacia.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué hacéis?

—Eh...

—Hemos oído un ruido —asegura Sergio con un tono de inocencia que no se cree ni él—. Vamos a investigar. Creo que debe de ser algún atlante que quiere ver si eres la reina de Atlantis y estás aquí escondida.

Mi madre suelta una risita ante su ocurrencia. No estoy muy seguro de que lo haya pillado realmente, pero adora a Sergio y sus tonterías. Y, ¿quién no?

—Vamos, que ibais a ver si han venido los Reyes.

—¡No! —exclamamos al unísono.

—Claro que no —me apresuro a decir.

—Bueno, vosotros veréis lo que hacéis —replica ella—. Pero, recuerda: como te pillen tratando de descubrirlos, te van a dejar sin regalos y te van a traer solo carbón.

Y, sin decir más, se mete otra vez en su habitación y cierra la puerta tras ella.

—Oye, pues sí que suena chungo eso —dice Sergio—. Yo creo que mejor nos vamos a la cama.

—¡Ni de coña! —susurro—. Ahora que me he levantado, yo quiero ver los regalos.

Seguimos caminando con sigilo hasta que llegamos al salón, pero una vez allí... no hay nada. Ni un triste paquete en el suelo ni al lado del árbol de Navidad que monté hace unas semanas con mi madre y con mi hermana.

—No hay nada —señalo.



—Pues parece que no han venido los Reyes.

Pero no me siento decepcionado. De hecho, ni siquiera me importa. Me doy cuenta de que, en realidad, no necesito que lleguen los Reyes Magos. No necesito más regalos que los que ya tengo ahora: una hogar feliz, un instituto donde nadie me molesta, unos amigos maravillosos y un novio que me quiere.

¿Qué más se puede pedir a la vida?

—Oye —dice entonces Sergio—. ¿Y eso qué es?

Señala una sombra sobre el sofá que me había pasado desapercibida. A primera vista parece un cojín, pero, cuando me acerco, veo que en realidad se trata de un paquete grande envuelto en papel verde con un patrón de copos de nieve.

—¿Es para mí? —pregunto mientras lo cojo con cuidado.

Sergio se encoge de hombros.

—No lo sé. Ábrelo a ver, ¿no?

Lo abro con cuidado, tal como siempre hago. Nunca he tenido muchos regalos, así que siempre me gusta guardarme el papel de regalo como recuerdo. Una vez desenvuelto, me encuentro con varias cosas: tres cuadernos de dibujo profesional y un estuche de lápices de dibujo de los buenos. Al abrirlo veo que también hay lápices y palos de carbón de varios tipos, barras de grafito, un borrador, un sacapuntas, un puntero de lápiz de papel de lija y también más cosas que no sé ni lo que son. Cuando abro el cuaderno, veo que se trata de papel del bueno, grueso, de tono cremoso y agradable al tacto.

—Pero... pero esto es carísimo —murmuro—. ¿Quién me lo ha regalado?

—Mira bien —dice Sergio, señalando el cuaderno.

Lo abro otra vez y veo que, en la parte interior de la cubierta, hay una

inscripción con una letra que conozco muy bien. La letra de Fer.

*«Para el mejor amigo del mundo. Con mucho cariño de tus Mosqueperros, que te adoran.*

*Darío y Fer»*

Ahora entiendo todo lo que montaron Darío y Fer antes de despedirse de nosotros: estaban los dos compinchados con Sergio para darle mi regalo.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—Me encanta —respondo con total sinceridad—. Es lo mejor que me han regalado en la vida.

—Pues parece que se te ha caído algo.

—¿Eh?

Miro hacia el sofá, al lugar donde estaba el regalo, y veo que hay un sobre. Lo cojo con curiosidad y veo que es... una carta de Hogwarts. Con su sello y todo. En el remitente aparece escrito:

*Óscar*

*La cama con las sábanas de Hufflepuff*

*En la habitación llena de dibujos*

*Su casa*

—¿Y esto?

—Tú ábrela.

Saco una carta de su interior. Tal como me esperaba, es la típica carta de bienvenida a Hogwarts que todos hemos esperado en algún momento de nuestra vida y, por supuesto, ninguno hemos recibido. Hasta ahora.

—Estimado señor Óscar —leo en voz alta—. Nos complace informarle

de que ha sido aceptado en el Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería... Sergio, ¿qué es esto?

—¿No hay nada más en el sobre? —me pregunta con fingida inocencia.

Miro dentro y veo que hay más trozos de papel. Los saco con cuidado y entonces veo que se trata de unos billetes de avión.

Unos billetes de avión a Estados Unidos.

A Orlando, concretamente.

Me quedo boquiabierto.

—Sergio, no me jodas.

Él se echa a reír.

—Sí te jodo.

—¿Vamos a...?

—Al parque de Harry Potter. Con Hogsmeade, el castillo de Hogwarts a tamaño real y todo.

—¡Pero si todo esto cuesta un pastón! Te has tenido que gastar una millonada.

Él se encoge de hombros.

—Nah, no te creas. En el regalo han participado también tu madre, tu hermana, Pablo, Guille y Sara. Ah, y también cuenta como regalo de cumpleaños de todos nosotros —añade—. Y de aniversario.

Miro la fecha de los billetes.

—¿El 31 de agosto? Jo, ¡pero todavía falta un montón para eso!

—Ya, pero es que ya sabes cómo va esto: el curso en Hogwarts no empieza hasta el 1 de septiembre. Llegaremos el día antes, por la noche.

Estoy tan aturdido que no sé qué decir, así que me acerco con él y lo beso en los labios. Es un beso lento, intenso, sin ningún matiz sexual esta vez, y con él intento demostrarle lo agradecido que me siento por el regalo pero, sobre todo, por tenerlo a él en mi vida. No sé qué he hecho para

merecer tanta suerte, pero desde luego no me voy a quejar.

—Joder —digo cuando me separo—. Eres el mejor.

—Nah, es solo lo que te mereces.

Me quedo pensativo durante unos instantes, pensando en el ómnibus en tapa dura de *La Era de Apocalipsis* que todavía tengo guardado en mi habitación. Me costó una pasta, pero, comparado con esto...

—Jo. Yo no te he regalado nada tan guay.

Él se encoge de hombros.

—El mejor regalo es tenerte a ti en mi vida.

Enrojezco un poquito, pero también sonrío, porque casualmente he pensado exactamente lo mismo hace solo un par de segundos. El regalo me ha hecho feliz, sí, pero tampoco lo necesitaba para serlo.

—Qué tonto eres.

—Tonto por ti —responde él, arrancándome una carcajada.

—Te amo —susurro con total sinceridad.

Él me guiña un ojo y me da un beso en la frente.

—Yo sí que te amo.

Óscar y Sergio regresarán en  
FUEGO Y HIELO 3

# Agradecimientos

Como ya dije cuando publiqué [El fantasma de los huevos](#), voy a ser más breve que nunca: gracias a mis lectores. Gracias por haber apoyado [El fuego en el que ardo](#) tal como lo habéis hecho: la novela ya lleva seis ediciones, y es todo por vosotros. Por no mencionar que ha sido publicada también en Japón, cosa con la que todavía sigo flipando.

Gracias también a los que habéis apoyado [El hielo de mis venas](#) y [La estrella de mis noches](#). Aunque no hayan destacado tanto a nivel comercial como la primera, es impresionante el apoyo que me habéis dado con ellas. Y, si todavía no las habéis leído, ¡corred a por ellas! Lo mismo digo de [Biónico](#), mi novela de ciencia ficción que no tiene nada que ver con estas.

Esta historia es una especie de experimento, pero si funciona, habrá más. Todavía me queda mucho por contar de Óscar, Sergio y compañía, y no todo estará en *Fuego y Hielo 3*, así que mi idea es ir sacando más historias como esta periódicamente. Ahora depende de vosotros, de que las leáis y ayudéis a difundirlas, porque la autopublicación es complicada y con estas historias cortas estoy solo.

Por último, si te ha gustado *La noche de los regalos*, sería un detallazo que la puntuaras y opinaras sobre ella en Amazon y, a ser posible, en Goodreads. Te llevará muy poco tiempo, y a los autores nos ayuda muchísimo, especialmente con publicaciones independientes como esta. Lo mismo digo de mis otras novelas: si las puntuáis en Amazon, Goodreads, etc.,

me ayudáis muchísimo.

Una vez más, gracias. Sin vosotros, nada de esto sería posible.

## Sobre el autor

Mike Lightwood nació en Sevilla, creció en Las Palmas de Gran Canaria y vive en Madrid, aunque su corazón siempre estará en Hogwarts. Su pasión por las letras lo llevó a crear un blog literario y más tarde su canal de YouTube ([www.youtube.com/ MaikoVlogs](http://www.youtube.com/MaikoVlogs)). Compagina la escritura con su labor como traductor, que le ha permitido traducir más de sesenta obras hasta la fecha. Además, es activista LGBT+ y actualmente coordina el grupo de Educación de COGAM, que cada año visita decenas de centros escolares de todo Madrid para hablar sobre diversidad afectivo-sexual y acoso escolar.

Con Plataforma Neo ha publicado *El fuego en el que ardo* (2016) y *El hielo de mis venas* (2017), dos novelas hermanas sobre el acoso escolar, la homofobia y el romance homosexual. Además, se ha adentrado en otros géneros, como la ciencia ficción en *Biónico* (2017) de la mano de Dolmen, aunque siempre con un importante componente LGBT+. *El fantasma de los huevos* es su tercera publicación, esta vez en clave de humor. En abril de 2018 publicó con Plataforma Neo *La estrella de mis noches*, un *spin-off* de sus dos primeras obras, esta vez de corte más romántico.

Actualmente está preparando la conclusión de la trilogía *Fuego y Hielo*, así como varios proyectos, entre ellos una novela adulta y una saga de fantasía juvenil.



@Mike\_Lightwood

[www.mikelightwood.com](http://www.mikelightwood.com)

[www.facebook.com/MikeLightwood](http://www.facebook.com/MikeLightwood)

[contactomlightwood@gmail.com](mailto:contactomlightwood@gmail.com)